PULLOS

CAPULETOS

no, que lo diga el señor Cerón, que es ministro de Comercio. Todos los capullos llevan su cigarra cantando, tarareando. La vida está llena de cigarras. Las cigarras están llenas de vida. Se dice que cada vez que la cigarra entona su canción entrecortada y uno de a pie ejecuta la suerte, un miembro de la crema numeraria entra en agonía. Capullos solares que mañana seréis rosas solariegas, destruid el concepto que os ata al concepto y que os conceptúa abstrayéndoos de un concepto anterior. ¡Dejadme que me tienda a la sombra del sol de vuestra vida cupular! ¡Vosotros, capullos, sois lo permanente, vosotros sois los cauces, el ordenado contraste de pareceres, dentro de vosotros se está realmente dentro de un orden! ¡Capullos del mundo, uníos! (Jolín, parece que me estoy emocionando. Ni que fuese yo un marxista sexual).
LICANTROPO

NIOS

ta por un ge-
izada por un
es clara: La
la cárcel, el
el restauran-
que aguanta
ar capullos a
asimilarlos a
parte los de-
han crecido,
o en el res-

rata que pien-
anza debería
ignia fabrica-

da con material distinto según ideologías. Los demócratas de la derecha civilizada deben llevarla de oro; los demócratas cristianos de plata meneses; los socialdemócratas de estaño; los socialistas de cobre y los comunistas de hierro forjado. Un geranio, una reja y un camarero con un buen diseño que no sea de Avalos podría convertirse en la contraseña del futuro democrático español todo bien engarzado con un pequeño nubarrón encima por aquello de un aún pueden llover chuzos de punta. ■ **VICENT.**

LA VIDA GANA

CIERTO emperador de Bizancio, asevera el poeta neobizantino (tan neo que murió hace pocos años) Kavafis, estaba tan entrampado y acorralado por turcos y cristianos que se le levantó el ánimo ante la noticia de que los bárbaros estaban a punto de llegar. Salió con su corte a recibirlos, y allí esperaron, hora tras hora, hasta que la noche les forzó a volver a Palacio, cariacontecidos y preocupados. Es lo que dijo el emperador, al despedirse de su séquito: «Qué lástima, esos bárbaros, después de todo, eran una solución como otra cualquiera...». Y, sin embargo, el día siguiente amaneció como cualquier otro y la vida siguió su rumbo como si tal cosa. Lo de siempre, que el tamaño de los problemas depende no de la problemática, sino del problemado.

Una madre vieja que fue a ver a Napoleón, cuenta Balzac, en vísperas de una de esas batallas en que Bonaparte se jugaba el tricornio contra media Europa, para pedirle que eximiera a su hijo soldado de la lucha del día siguiente, recibió la siguiente respuesta: «Mire, señora», le dijo Napoleón, abarcando con la mano el amplio campamento francés, y, a continuación, el del enemigo, desde la altura en que estaba emplazada su tienda de campaña, «¿ve toda esa masa de hombres?, serán en total como sesenta mil o así, bueno, pues ahí donde los ve, mañana estarán diezmados. Y una noche de París bastará para reemplazar tantas bajas».

Tenía razón Bonaparte. Sólo que mejor, porque Napoleón, que había hablado tácticamente, pudo haber pensado como estratega: ¿Una noche?, pues imagínese usted dos meses.

Y es que la muerte, a la larga, es quien pierde, porque cuando muera la última cosa viva la muerte morirá con ella, porque la muerte vive en función de matar y cuando ya no quede nada más que matar pues dejará de existir la muerte. Es una manera de consolarse póstumamente como cualquier otra. ■ **PARDO.**